



Arquitectura civil de un ser humano

Un día, hace ya tanto tiempo que recordarlo no puedo, descubro que llevo a cuestas un nombre que procede del euskera “etxe berri” y que, traducido al castellano, viene a ser: “casa nueva”. Por una de esas casualidades que sólo el destino es capaz de poner en liza, ocurre que justo en el año de mi nacimiento mis padres estaban construyendo una “casa nueva” que sustituiría, como habitat familiar, a la cinco veces centenaria “Casa da Alen”... esa que habitaron mis antepasados desde que los documentos escritos recuerdan. ¿Sería coincidencia?. Nunca lo sabré con certeza.

Con el paso de los años, descubrí que hay casas, como la de “tócame-Roque”, la más clásica de Bernarda Alba o la mismísima “Casa de la Troya”, que son algo más que un simple edificio; como también llegué a la conclusión de que existen otras, no citaré la “Casa de Alba” o la “Casa de Borbón”, que son apenas miserables ejemplos de esa “arquitectura política” que pretende convencernos, en pleno siglo XXI, de la utilidad que tiene para nosotros, el pueblo de la sangre roja y el corazón a la izquierda, la existencia de una raza de individuos especiales, surgidos del cruce endogámico entre “sangres azules, cielo” y cuyo, consentido y aplaudido, dulce far niente es la mayor expresión de estulticia social que puedo imaginarme en estos momentos.

Y sí, amigas y amigos míos. Están, luego, las “casas del zodiaco”, las “casas de campo”, las de empeños, las consistoriales, las de citas -eufemismo rimbombante y socialmente correcto para que las entrañables “casas de putas” sigan siendo lo que son, pero quede mucho más fino a la hora de referirse a ellas-, las de labor y las de huéspedes, la de la moneda y las del pueblo, las “casas-picadero” y las hipotecadas, las que se construyen y las que hay que demoler porque amenazan ruina, las de lujo y las

modestas, las de socorro y otras en las que no te socorren ni aunque te pases la vida golpeando la puerta.

Casas, siempre casas... como si la palabra fuera nana que calmara nuestros miedos a convertirnos en caracolillos y vernos, de improviso, con la mirada trashumante en el horizonte y la casa auestas...

¡Sí!, las casas marcan nuestra vida; son universos en pequeño en los que hay astros que brillan con luz propia, estrellas fugaces que pasan por ellas con más ruidos que nueces, agujeros negros, lunas llenas, planetas, satélites y hasta soles que iluminan la oscuridad o, al menos, lo intentan.

Exactamente lo que uno percibe en “La Casa de Alena”. Detrás de una impecable prosa, fronteriza con la lírica más poética, está la abundante y cálida imaginaria de las emociones intensas, las contradicciones que nacen cuando uno percibe que está a punto de “caérsele la casa encima” o, también, cuando uno no es exactamente “de casa” aunque viva en ella... ese “echar la casa por la ventana” en ciertas ocasiones que Toñi Seguí tan extraordinariamente pinta con su paleta de palabras multicolores, muchas de ellas en blanco y negro, para conseguir que esa indumentaria de “andar por casa” no se convierta en uniformidad temática ni en un simple subir y bajar, mil veces, la misma escalera.

Me late “La Casa de Alena” como lo que es: arquitectura civil de un ser humano que se dibuja y desdibuja para decirnos que “sus otras casas” siempre han estado en ésta. Para hablar de “casas” hay que atreverse a entrar en ellas... decidirse a abrir la puerta y a traspasar el umbral... perderse en sus pasillos y escuchar lo que se cuece en la cocina... disfrutar del salón y de las vistas que hay desde la terraza... sufrir y sentir presencias y ausencias... recordar que cada vida es una casa, con su desván y sus compartimentos secretos, que vamos amueblando hasta conseguir llenar los espacios de ese vacío que siempre nos aterra.

Gracias por escribirte, ene-amiga, y, por favor, recuerda llevarme cada vez que regreses a ese universo llamado “La Casa de Alena”.



Xabier González